Epístola de Manton al Lector

Epístola al lector, de Thomas Manton

"El diablo tiene un gran rencor hacia el reino de Cristo, y no conoce una manera tan compendiosa de aplastarlo como un huevo, como la perversión de la juventud, y la suplantación de los deberes familiares. Ataca todos los deberes que son públicos en las asambleas de los santos; pero éstos están demasiado bien protegidos por los solemnes mandatos y la moribunda encomienda de Jesucristo, como para que pueda esperar subvertirlos y socavarlos totalmente; pero ataca los deberes familiares con más éxito, porque la institución no es tan solemne, y la práctica no es tan seria y concienzudamente considerada como debería serlo, y la omisión no es tan susceptible de ser notada y censurada públicamente."

"La religión se gestó primero en las familias, y allí es donde el diablo trata de aplastarla; las familias de los patriarcas eran todas las iglesias que Dios tenía en el mundo en ese momento; y por lo tanto, (supongo) cuando Caín salió de la familia de Adán, se dice que salió de la faz del Señor, *Génesis 4:16*."

"Por el momento: La familia es el seminario de la Iglesia y el Estado; y si los hijos no tienen buenos principios allí, todo fracasa: una falta en la primera mezcla no se arregla en la segunda; si los jóvenes se educan mal en la familia, resultan mal en la Iglesia y el Estado; allí está el primer hacerse o malograrse, y de allí se toma el presagio de sus vidas futuras, *Proverbios 20:11*. Por medio de la disciplina familiar, se forman oficiales para la Iglesia, *1 Timoteo 3:4*, *El que gobierna bien su propia casa*, etc.; y allí se crían hombres en sujeción y obediencia. Se nota, *Hechos 21:5*, que los discípulos llevaron a Pablo en su camino con sus esposas e hijos; sus hijos probablemente se mencionan, para dar a entender que sus padres, por su propio ejemplo y despedida afectuosa de Pablo, los criarían en una forma de reverencia y respeto a los pastores de la Iglesia."

"Ahora bien, el diablo sabe que esto es un golpe a la raíz, y una manera fácil de impedir la sucesión de las Iglesias: si puede subvertir a las familias, otras sociedades y comunidades no florecerán ni subsistirán por mucho tiempo con algún poder y vigor; porque allí está el tronco de donde se abastecen tanto para el presente como para el futuro."

"Pero mientras que los ministros negligentes son (merecidamente) expulsados de sus puestos, los descuidados dueños de las familias se consideran casi irreprochables. Ofrecen a sus hijos a Dios en el bautismo, y allí prometen enseñarles la doctrina del evangelio, y educarlos en la crianza del Señor; pero fácilmente prometen, y

fácilmente lo rompen; y educan a sus hijos para el mundo y la carne, aunque han renunciado a éstos, y los han dedicado a Dios."

"Esta ruptura del pacto con Dios, y la traición de las almas de sus hijos al diablo, debe pesar sobre ellos aquí o en el futuro. Engendran hijos y mantienen familias sólo para el mundo y la carne; pero poco consideran la carga que se les ha encomendado, y lo que es educar a un hijo para Dios, y gobernar una familia como una sociedad santificada."

Lector cristiano, no puedo suponer que seas tan extraño en Inglaterra como para ignorar la queja general sobre la decadencia del poder de la piedad, y más especialmente sobre la gran corrupción de la juventud. Dondequiera que vayas, oirás a los hombres que se quejan de los malos hijos y de los malos sirvientes; mientras que, en realidad, la fuente del mal debe buscarse un poco más arriba: son los malos padres y los malos maestros los que hacen malos hijos y malos sirvientes; y no podemos culpar tanto a su torpeza como a nuestra propia negligencia en su educación.

El diablo tiene un gran rencor hacia el reino de Cristo, y no conoce una manera tan compendiosa de aplastarlo como un huevo, como la perversión de la juventud, y la suplantación de los deberes familiares. Ataca todos los deberes que son públicos en las asambleas de los santos; pero éstos están demasiado bien protegidos por los solemnes mandatos y la moribunda encomienda de Jesucristo, como para que pueda esperar subvertirlos y socavarlos totalmente; pero ataca los deberes familiares con más éxito, porque la institución no es tan solemne, y la práctica no es tan seria y concienzudamente considerada como debería serlo, y la omisión no es tan susceptible de ser notada y censurada públicamente.

La religión se gestó primero en las familias, y allí es donde el diablo trata de aplastarla; las familias de los patriarcas eran todas las iglesias que Dios tenía en el mundo en ese momento; y por lo tanto, (supongo) cuando Caín salió de la familia de Adán, se dice que salió de la faz del Señor, *Génesis 4:16*.

Ahora bien, el diablo sabe que esto es un golpe a la raíz, y una manera fácil de impedir la sucesión de las Iglesias: si puede subvertir a las familias, otras sociedades y comunidades no florecerán ni subsistirán por mucho tiempo con algún poder y vigor; porque allí está el tronco de donde se abastecen tanto para el presente como para el futuro.

Por el momento: La familia es el seminario de la Iglesia y el Estado; y si los hijos no tienen buenos principios allí, todo fracasa: una falta en la primera mezcla no se arregla en la segunda; si los jóvenes se educan mal en la familia, resultan mal en la Iglesia y el Estado; allí está el primer hacerse o malograrse, y de allí se toma el presagio de sus vidas futuras, *Proverbios 20:11*. Por medio de la disciplina familiar, se forman oficiales para la Iglesia, *1 Timoteo 3:4*, *El que gobierna bien su propia*

casa, etc.; y allí se crían hombres en sujeción y obediencia. Se nota, *Hechos 21:5*, que los discípulos llevaron a Pablo en su camino con sus esposas e hijos; sus hijos probablemente se mencionan, para dar a entender que sus padres, por su propio ejemplo y despedida afectuosa de Pablo, los criarían en una forma de reverencia y respeto a los pastores de la Iglesia.

Para el futuro: Es confortable, ciertamente, ver un vivero floreciente de plantas jóvenes, y tener la esperanza de que Dios tendrá un pueblo que le sirva cuando nosotros hayamos muerto y desaparecido: el pueblo de Dios se consoló en eso, *Salmos 102:28*, *Los hijos de tus siervos continuarán*, etc.

Sobre la base de todas estas consideraciones, ¡cuán cuidadosos deben ser los ministros y los padres de familia para educar a los jóvenes mientras son todavía flexibles y, como la cera, capaces de cualquier forma e impresión, en el conocimiento y el temor de Dios; e inculcar temprano los principios de nuestra santísima fe, tal como son resumidos en los catecismos, y así puestos a la vista de la conciencia! Seguramente estas semillas de la verdad plantadas en el campo de la memoria, si no obran otra cosa, serán al menos un gran freno y una brida para ellos, y, como el echar agua fría detiene la ebullición de la olla, aplacarán un poco los fervores de las lujurias y pasiones juveniles.

A instancias de otros, había resuelto recomendaros con la mayor seriedad la obra de catequización y, como una ayuda adecuada, la utilidad de este libro, así impreso con las Escrituras completas; pero al encontrarme con una carta privada de un teólogo muy erudito y piadoso, en la que esa obra está ya excelentemente hecha para mí, me atreveré a transcribir una parte de ella y ofrecerla a la vista del público.

Habiendo lamentado el autor las grandes distracciones, corrupciones y divisiones que hay en la Iglesia, representa así la causa y el remedio: Entre otras, una causa principal de estos males es la gran y común negligencia de los gobernantes de las familias, en el cumplimiento de ese deber que deben a Dios por las almas que están a su cargo, especialmente en la enseñanza de la doctrina del cristianismo. Las familias son sociedades que deben ser santificadas para Dios al igual que las Iglesias; y los gobernantes de las mismas tienen un cargo tan real de las almas que están en ellas, como los pastores tienen de las Iglesias. Pero, ¡ay, qué poco se considera o se tiene en cuenta esto!

Pero mientras que los ministros negligentes son (merecidamente) expulsados de sus puestos, los descuidados dueños de las familias se consideran casi irreprochables. Ofrecen a sus hijos a Dios en el bautismo, y allí prometen enseñarles la doctrina del evangelio, y educarlos en la crianza del Señor; pero fácilmente prometen, y fácilmente lo rompen; y educan a sus hijos para el mundo y la carne, aunque han renunciado a éstos, y los han dedicado a Dios.

Esta ruptura del pacto con Dios, y la traición de las almas de sus hijos al diablo, debe pesar sobre ellos aquí o en el futuro. Engendran hijos y mantienen familias sólo para el mundo y la carne; pero poco consideran la carga que se les ha encomendado, y lo

que es educar a un hijo para Dios, y gobernar una familia como una sociedad santificada.

¡Oh, qué dulce y exitoso sería el trabajo de Dios si todos nos uniéramos en nuestros lugares para promoverlo! Los hombres no correrían entonces a predicar sin ser enviados; sino que podrían encontrar que la parte de la obra que les corresponde es suficiente para ellos, y que es la mejor en la que pueden ser empleados. Especialmente las mujeres deben tener cuidado con este deber; porque como están más cerca de sus hijos, y tienen oportunidades tempranas y frecuentes para instruirlos, este es el principal servicio que pueden hacer a Dios en este mundo, estando restringidas de más trabajo público. Y, sin duda, muchos excelentes magistrados han sido enviados al Estado, y muchos excelentes pastores a la Iglesia, y muchos preciosos santos al cielo, gracias a los felices preparativos de una santa educación, tal vez por una mujer que se consideraba inútil e inservible para la Iglesia.

Si los padres comenzaran a tiempo, y se esforzaran por afectar los corazones de sus hijos con los grandes asuntos de la vida eterna, y los familiarizaran con la sustancia de la doctrina de Cristo, y, cuando encontraran en ellos el conocimiento y el amor de Cristo, los llevaran entonces a los pastores de la Iglesia para ser probados, confirmados y admitidos a los demás privilegios de la Iglesia, ¡qué Iglesias felices y bien ordenadas podríamos tener!

Entonces no sería necesario poner a un solo pastor a hacer el trabajo de dos o trescientos o mil gobernadores de familias, ni siquiera para enseñar a sus hijos los principios que deberían haberles enseñado mucho antes; ni tendríamos que predicar a tantas almas miserables e ignorantes, que no están preparadas por la educación para entendernos; ni deberíamos tener la necesidad de excluir de la santa comunión a tantos a causa de la ignorancia, que aún no tienen la gracia de sentirla y lamentarla, ni el ingenio y la paciencia para esperar en un estado de aprendizaje, hasta que estén listos para ser conciudadanos de los santos y de la casa de Dios.

Pero ahora vienen a nosotros con un engreimiento envejecido, siendo más que niños, y aún peor que niños; teniendo la ignorancia de los niños, pero habiendo perdido ya la docilidad de los niños; y se creen sabios, sí, lo suficientemente sabios como para pelear con el más sabio de sus maestros, porque han vivido lo suficiente para haber sido sabios, y la evidencia de su conocimiento es su ignorancia envejecida; y están más dispuestos a saltarnos a la cara por los privilegios de la Iglesia, que a aprender de nosotros, y obedecer nuestras instrucciones, hasta que estén preparados para ellas, para que les hagan bien; como perros gruñones que nos muerden los dedos por su comida, y nos la arrebatan de las manos; y no como los niños, que se quedan hasta que se la damos. Los padres los han acostumbrado tanto a ser revoltosos, que los ministros no tienen que tratar más que con los revoltosos.

Y es por falta de este fundamento bien puesto al principio, que los mismos profesores son tan ignorantes como la mayoría, y que muchos, especialmente de los más jóvenes, se tragan casi cualquier error que se les ofrece, y siguen cualquier secta de divisores que los atraiga, así sea con seriedad y plausibilidad. Porque, ¡ay! aunque

por la gracia de Dios sus corazones puedan cambiar en una hora, (en cuanto entiendan siquiera lo esencial de la fe) sin embargo, sus entendimientos deben tener tiempo y diligencia para proporcionarles un conocimiento que los estabilice y los fortalezca contra los engaños.

Por estas y otras muchas consideraciones similares, debemos rogar a todas las familias cristianas que se esmeren más en esta obra necesaria, y que se familiaricen mejor con la sustancia del cristianismo. Y, con este fin, (llevando consigo algunos tratados conmovedores para despertar el corazón) no sé qué obra sería más adecuada para su uso que la compilada por la Asamblea de Westminster; un Sínodo de teólogos tan piadosos y juiciosos (a pesar de todas las amargas palabras que han recibido de hombres descontentos y engreídos) que, en verdad, creo que jamás vio Inglaterra. Aunque tuvieron la desdicha de ser empleados en tiempos calamitosos, cuando el ruido de las guerras tapaba los oídos de los hombres, y el libertinaje de las guerras daba rienda suelta a todas las lenguas y plumas indecentes para reprocharles, y la prosecución y los acontecimientos de esas guerras exasperaban a los hombres parcialmente descontentos para deshonrarse a sí mismos buscando deshonrarlos a ellos; me atrevo a decir que si en los días de antaño, cuando los concilios tenían poder y cuenta, hubieran tenido un concilio de obispos como lo fue este de presbíteros, la fama de éste por su erudición y santidad, y todas las habilidades ministeriales, se habrían transmitido a la posteridad con gran honor.

Por lo tanto, deseo que todos los jefes de familia estudien bien esta obra primero ellos mismos, y luego la enseñen a sus hijos y sirvientes, según sus diversas capacidades. Y, si una vez entienden estos fundamentos de la religión, podrán leer otros libros con más entendimiento, y escuchar sermones más provechosamente, y conferir más juiciosamente, y sostener la doctrina de Cristo más firmemente, de lo que jamás podrán hacer por cualquier otro curso. Primero, que lean y aprendan el Catecismo Menor, y luego el Mayor, y por último, que lean la Confesión de Fe.

Hasta aquí él, cuyo nombre ocultaré (aunque la excelencia del asunto y el estilo actual lo descubrirán fácilmente), porque lo he publicado sin su conocimiento y consentimiento, aunque, espero, no en contra de su agrado y aprobación.

No añadiré nada más, sino que soy,

Tu siervo, en la obra del Señor,

THOMAS MANTON

© 2026 Westminster 1647 :: https://westminster1647.com/correo